

contra la voluntad de sus padres, era aun mas injusto el que dispusiesen de su persona de un modo enteramente opuesto á su gusto y al provecho de sus familias; que no hay cosa que mas exclusivamente pertenezca á los padres y madres, que los hijos que han puesto en el mundo; que el derecho que sobre ellos tienen era inagenable por su misma esencia; que no habia de creer que una apreasion, ó tal vez un capricho de que se arrepentiria con el tiempo, pudiese autorizarle para sustraerse de una dependencia fundada en la misma naturaleza, es decir, en el orden establecido por Dios; que las mejores intenciones se engañan muchas veces en la eleccion de estado; que habia quien creia seguir la voz de Dios, y no seguia en realidad sino su inclinacion particular; que debia desconfiar de su amor propio; que este se reviste de mil diferentes formas, y se introduce imperceptiblemente en las resoluciones que juzgamos que estan mas exentas de él; que muchos creyendo renunciar al mundo, no hacen otra cosa que unirse mas fuertemente á sí mismos; que á mas de todo esto no le parecia á él, que para pertenecer á Dios y procurar la salvacion, fuese necesario abrazar el estado eclesiástico contra la voluntad de un padre y de una madre que tan tiernamente le amaban; que bajo este aspecto y prescindiendo del estado en que Dios habia hecho nacer á cada uno, todos los cristianos eran llamados á una perfeccion eminente; que el Evangelio era la mas perfecta de todas las reglas, y que bastaba seguir bien su práctica para ser grandes santos; que era un error el creer que no puede uno salvarse en el estado secular; que el cielo estaba lleno de santos que no habian salido de este estado; y que tenia tanta menos razon para renunciar á él, cuanto que Dios le habia hecho nacer de una familia piadosa, en la que siempre habia visto y continuaria viendo grandes ejemplos de virtud, y en la que bien lejos de encontrar ocasiones de perderse, no encontraria sino obs-

táculos, si alguna vez tenia tentaciones de abandonarse al vicio y al desarreglo del siglo; que seria muy extraño que todas las personas virtuosas abandonasen el mundo; que este tenia necesidad de buenos ejemplos y de personas de firmeza para oponerse al torrente de la corrupcion, y de la mala costumbre del siglo; que en fin, bien lejos de que el deseo que manifestaba de pertenecer exclusivamente al Señor, le obligase á aprobar la resolucion que habia formado, esto mismo era lo que le hacia contrariarla; que permaneciendo en el estado secular, con los sentimientos que Dios le habia inspirado, se santificaria á sí mismo y contribuiria á la santificacion de los demas; que San Luis, San Enrique, San Eduardo y el Bienaventurado Amadeo, Duque de Saboya y muchos otros, que naciendo Soberanos, habian encontrado mil obstáculos para su salvacion, que jamas se le ofrecerian á él, no habian dejado por eso de llegar á ser unos grandes santos; que se podia caminar con toda seguridad, siguiendo las huellas de semejantes guias; que él le aconsejaba que siguiese su ejemplo y que se acomodase mejor al gusto de un padre y de una madre, de quien era tan tiernamente amado y á quienes era capaz de dar la muerte, siguiendo semejante resolucion.

El joven Conde, que habia creido que su preceptor, siendo sacerdote y doctor en teología y ademas de una conducta ejemplar, no desaprobaba jamas que abrazase un estado que aquel habia elegido para sí, no quedó poco sorprendido al oírle rebatir con tanta energia la resolucion que habia formado de abandonar el mundo para no ocuparse en otra cosa, que en el cuidado de servir á Dios y trabajar en la obra de su salvacion. Le miró con aquella dulzura halagüeña, á que era tan difícil resistirse, y no dudando de que si podia convencerle, seria el instrumento mas á propósito para ganar al Conde y á la Condesa de Sales, que habian depositado en él toda su confianza, empezó por reconvenirle amistosamente en



estos términos. ¡Cómo podeis vos desaprobá una resolución que habeis tomado vos mismo! ¡Vos sois el que os oponéis á la elección de un estado que es el mismo que habeis abrazado! Vos habeis abandonado el mundo, y quereis esponerme á una ruina, cuando yo trato de dejarle: vos no habeis creído poder lograr en él vuestra salvacion, y quereis que á mí me sea fácil conseguirla permaneciendo en él, siendo así que tengo mucho menos virtud que vos. ¿Dónde está el precepto del Evangelio, que os manda amar á vuestro prójimo como á vos mismo? ¿Dónde la ternura de un padre y la sinceridad de un amigo?

Su preceptor, que le amaba con ternura y que se sintió conmovido por sus reconvenciones quiso responderle; pero el joven Conde que empezaba á hablar ya con calor, no le dió lugar para ello; le respondió por su orden á todo lo que le había dicho para apartarle de su intento, y concluyó finalmente diciéndole: creedme. *„Nadie me conoce mejor que yo mismo; yo soy joven, pero no dejo de comprender que estos mismos dones de la naturaleza y de la gracia, de que tanto habeis hablado, aumentan el peligro á que no hay sugeto alguno que no esté espuesto, con respecto al grande negocio de la salvacion. Los riesgos que me rodean, son infinitos. Yo veo muchos de ellos, pero creo que existen muchos mas de los que yo puedo percibir. Yo sé efectivamente que no soy virtuoso sino en el deseo de serlo, y que en la realidad existen dentro de mí mismo principios de seduccion y desorden, que no necesitan ser apoyados por los atractivos del mundo en que vos tratais de engolfarme. Y en fin, ¿de qué me serviria ganar todo el mundo, si al cabo me perdía á mí mismo? Dios me ha dado hace mucho tiempo una grande aversion al siglo, y me ha hecho la gracia de preferir su temor y su amor á todas las demas cosas. No sigais oponiéndos al designio que me ha inspirado. Haced aun alguna cosa mas en*

*mi favor; ayúdame á ponerlo en ejecucion. Y como conozco que los mayores obstáculos provendrán de aquellos que me han dado el ser, y á quien yo debo reverenciar mas despues de Dios, procurad ganarlos, y evitarme el sentimiento que experimentaria, si me viese obligado á hacer una cosa que pudiera causarles el menor disgusto.”*

El preceptor del joven Conde se conmovió extraordinariamente con este discurso. Admiraba en una persona tan joven aquel profundo desprecio á todo cuanto tiene el mundo de mas halagüeño y mas capaz de seducir, y aquella firmeza de caracter á la prueba de todos los mas dulces afectos de la naturaleza; y persuadido de que era llamado al mas alto grado de perfeccion, le respondió, que Dios era testigo de que no deseaba menos la salvacion de su alma, que la de la suya propia, y que no hacia diferencia alguna entre las almas de los dos; pero que los consejos debian ser distintos cuando la virtud no era igual en los sugetos: que él habia abandonado el mundo porque no habia creído poder lograr su salvacion si permanecia en él, y que no habia experimentado en sí ni la fuerza, ni la firmeza, que veia en él para resistir á la corrupcion del siglo: que la perfecta virtud de que hasta entonces le habia visto hacer una profesion tan constante, le habia persuadido á que podia permanecer en el mundo, no tan solo sin perjuicio de su alma, sino de manera que fuese útil á la salvacion de muchos, á quienes su buen ejemplo seria capaz de atraer á la virtud; y que tampoco negaba que la complacencia secreta que habia tenido al ver las ideas del Conde y de la Condesa de Sales, era la que le habia obligado á oponerse á la elección que queria hacer: que habia creído que el honor, que le habian hecho aquellos señores, confiándole su persona, es decir, lo que mas amaban en este mundo, exigia de él que apoyase las intenciones que habian formado para su colocacion; que ade-



mas es muy cierto, que la mayor parte de los jóvenes se dejan arrastrar por fuegos fatuos en los primeros movimientos de una devocion poco sólida; y que tienen muchas veces por vocacion de Dios la ternura de una piedad mal dirigida, un cierto gusto á las cosas espirituales, que no es duradero, y al que no sucede muy á menudo sino un vergonzoso arrepentimiento, y una secreta desesperacion que les conduce á cometer excesos, de que jamas hubieran sido capaces sino hubiesen abandonado el mundo: que el conocimiento que tenia de la solidéz de su espíritu, de la firmeza de su corazon y sobre todo del cuidado que habia tenido en conservar la inocencia bautismal, y las singulares gracias que Dios le habia concedido en medio de tantas ocasiones peligrosas, en que se habia encontrado, le hacian formar mejor concepto de su vocacion: que estaba resuelto á no oponerse mas á ella, pero que le suplicaba que le dispensase de hacer á sus padres esta proposicion: que no se sentia con suficientes fuerzas para darles un golpe tan cruel: que juzgase de la ternura de aquellos por la suya, y de la impresion que semejante proposicion les haria, por la que habia producido en él al oirla.

Esta conversacion les condujo hasta el castillo de la Thuile, á donde habian ido el Conde y la Condesa de Sales para recibir al joven Conde. A su llegada encontró las cosas dispuestas de un modo enteramente contrario á sus deseos. El Conde de Sales que no trataba sino de casarle brillantemente, habia puesto los ojos durante su ausencia en la señorita de Vegi hija única del Baron de Vegi, Consejero de Estado del Duque de Saboya y Teniente de Senescal en la provincia de Chablais. Era aquella señorita de un nacimiento distinguido, hermosa, rica y de buena presencia, y no habia un caballero en toda Saboya, á quien no hubiese hecho mucho honor esta alianza; el Conde de Sales habia proporcionado este casamiento á su hijo con mucha destreza, y miraba la

ejecucion de este matrimonio como la obra maestra de su discrecion. No esperaba sino la vuelta del joven Conde para la conclusion de un negocio que habia de colmar su casa de bienes, de crédito y de honor; apenas llegó, cuando le propuso su intento, y le dió la orden de estar pronto al otro dia por la mañana para marchar juntos á pedir la mano de aquella señorita.

Este fué un rayo para el joven Conde; estuvo cien veces por rehusar el partido que se le proponia, y por descubrir á su padre la intencion que tenia de abrazar el estado eclesiástico; pero el grande respeto que le profesaba le impidió el hacerlo otras tantas. Conocia que era una falta de educacion, y un desaire para una señorita, el empezar su pretension con resolucion formal de no llegar á casarse con ella; se hacia sobre esto á sí mismo las reflexiones que es fácil figurarse en un hombre de tan despejado talento como el suyo, pero su estremada dulzura y la invencible repugnancia que sentia á oponerse á la voluntad de su padre en una situacion tan critica le quitaban la fuerza para declararse. El Conde de Sales por su parte advirtió la frialdad con que su hijo habia recibido aquella proposicion que debiera haberle llenado de alegría. Pero como estaba muy distante de sospechar la verdadera causa de ella, la atribuyó á su modestia y no dudó que la hermosura de la señorita de Vegi triunfaria bien pronto de una indiferencia que no juzgaba fuese tan fundada como en efecto lo era. Llegó el dia de la marcha, sin que el joven Conde hubiese tenido valor para declarar su intencion á su padre. Fueron muy bien recibidos en el castillo de Sallandre, á donde habia pasado el Baron de Vegi para ajustar este casamiento. Le gustó mucho su pretendido yerno, pero gustó aun mas á la señorita su hija. Jamas se han visto dos jóvenes que pareciesen mas dignos uno de otro; pero el cielo lo habia dispuesto de otro modo. El joven Conde no pudo disimular el dolor de que es-



taba poseído su corazón, y pareció tan atado en todas sus acciones, que su padre no pudo menos de notarlo: le hizo terribles reconvenciones sobre el particular, á las que no contestó sino con un profundo silencio. Aquella conducta no esperada en modo alguno del Conde de Sales, le obligó á marchar sin haber adelantado nada en el asunto. A la vuelta empezaron de nuevo las quejas, y el joven Conde no respondió otra cosa á su padre que decirle que estaba lleno de amargura por el disgusto que le habia dado. La Condesa de Sales que le amaba con una ternura estremada, empleó todo el ascendiente que tenia sobre él para determinarle á consentir en este matrimonio. Todos los amigos de la casa se cansaron en vano en persuadirle lo mismo, y el Conde de Sales no sacó otro fruto de tantas y tan inútiles tentativas, que una gran perplejidad, sobre que seria lo que podia haber obligado al joven Conde á desechar un partido tan ventajoso.

Pero lo peor fué que por entonces el Baron de Ermance le llevó de Turin los despachos del Duque de Saboya de una plaza de Senador en el Senado de Chambery, que habia concedido aquel Príncipe á su hijo graciosamente, informado de su extraordinario mérito. El joven Conde los renunció con una invencible constancia, sin que fuese posible hacérselos aceptar. El Conde de Sales le dió á entender en aquella ocasion un descontento tal, que no pudo resistir á él, resolviéndose al fin á declararle sus verdaderas intenciones. Para este fin se dirigió á su primo Luis de Sales canónigo de la catedral de Ginebra, que sabia que tenia mucho ascendiente sobre su padre.

Luis de Sales que era un sugeto de mucha Religion, lejos de retraerle de su designio, se lo aplaudió, y le prometió lograr lo que queria, rogándole solamente que le diese un poco de tiempo para encomendar á Dios este negocio, y para aprovechar una coyuntura favorable,

en que hacer á su padre una declaracion que exigia tanta precaucion para hacerla. Se proponia en esto un fin particular. Francisco Emperador Preboste de la Iglesia de Ginebra y Senador del Chambery acababa de morir, y por su muerte habia quedado vacante la primera dignidad de aquella catedral. La provision pertenecia al Papa. Luis de Sales tenia muchos amigos en la Corte de Roma, y se valió de todos ellos para lograr aquella prebenda para el joven Conde: le sirvieron como deseaba, y la obtuvo; pero lo que hay en esto de particular es que no habia hablado de ello á Francisco de Sales, persuadido de que la aceptaria sin dificultad, puesto que no habia dado paso alguno para alcanzarla.

No se engañó en cuanto á lo primero: el título llegó, y en confianza dió noticia de ello al joven Conde. Pero quedó altamente sorprendido cuando aquel le contestó, que al inscribirse en el estado eclesiástico no llevaba la idea de obtener prebendas: que se juzgaba enteramente indigno del rango á que se le habia elevado: que no era justo colocar de golpe á la cabeza del clero de una vasta Diócesis, y en la dignidad mas inmediata al Obispo, á un joven como él sin virtud y sin esperiencia: que este destino le correspondia mas á él: que le suplicaba tuviese á bien que renunciase en él su derecho, y que se contentaba con ser uno de los últimos en la casa del Señor.

Pero Luis de Sales que tenia sobre su primo un gran ascendiente, le dijo con un tono decidido, que alababa la humildad que le hacia renunciar el rango á que su Santidad acababa de elevarle: que convenia con él en que no era lícito afanarse por adquirir beneficios, y que era preciso esperar á que Dios llamase á ellos; pero que seria una obstinacion culpable el rehúsarlos, cuando se dan sin haberlos solicitado: que le conocia mejor de lo que él pudiera conocerse á sí mismo: que Dios habia ofrecido una coyuntura tan favorable para proporcio-



narle que obtuviese con mas facilidad el consentimiento de sus padres: que se dirigiese al Señor en todas las cosas: que seria responsable de lo que hiciese ante Dios y los hombres; y que no dudaba que la Providencia habia tenido sus miras al elevarlo de golpe, y sin que él hubiese intervenido en nada, á una dignidad que tanto se aproximaba á la del obispado.

El joven Conde era el hombre menos adicto á su propio dictamen: se rendia á la verdad en cuanto la descubria, y aun muchas veces á la autoridad cuando no tenia motivo de desconfiar de ella, y juzgaba que era suficiente para determinarle á hacer una cosa. La razon que se le acababa de alegar de que no habia solicitado la prebostía de la Iglesia de Ginebra, y el aprecio en que tenia á Luis de Sales hicieron por fin que la aceptase. Apenas acabó de darle su consentimiento cuando este caritativo pariente fué á ver al Conde y á la Condesa de Sales; y habiéndoles pedido una conferencia secreta, les enseñó las bulas de la prebostía de la catedral de Ginebra que acababa de obtener para el Conde su primo. Les dijo que ya hacia mucho tiempo que este le habia confiado su intencion de renunciar al mundo para abrazar el estado eclesiástico: que esta no era una resolucion del momento: que la habia formado desde sus mas tiernos años; y que con el objeto de ponerla en ejecucion, cuando tuviese la edad para ello, les habia suplicado que le permitiesen recibir la prima tonsura: que no ignorando el respeto que les debia le habia suplicado que pasase á pedirles su consentimiento: que esperaba que su piedad no les permitiria poner obstáculos á la ejecucion de un designio que Dios le habia inspirado, puesto que en ello no buscaba otra cosa que su salvacion: que no se separaba de ellos, sino porque preferia el cielo á la tierra, y el servicio de Dios al del mundo, y que esta era la mayor recompensa que podian recibir en esta vida del cuidado particular que habian tenido en inspi-

rarle sentimientos de piedad desde su niñez: que por lo demas creia hallarse en la obligacion de decirles, que se habia afirmado en su resolucion de un modo que no habia que esperar que la variase: que seria enteramente inútil el oponerse á ella, y que de esta verdad podrian juzgar ellos mismos, si reflexionaban que por ponerla en ejecucion habia rehusado el ventajoso casamiento que le habian concertado, y el cargo de Senador que el Duque de Saboya habia hecho que le ofreciesen en su nombre.

Jamas ha habido una sorpresa igual á la que experimentaron con este discurso el Conde y la Condesa de Sales. Se miraban el uno al otro sin poder hablar, y el sentimiento no les dejaba fuerzas para responder. Luis de Sales continuó haciéndoles presente que él mismo habia examinado, y hecho examinar por personas tan instruidas como virtuosas la vocacion del joven Conde: que todos estaban conformes en que esta provenia de Dios; y que siendo asi, era en vano el oponerse á ella: que confesaba que aquel golpe era fatal, que trastornaba todos sus proyectos, y destruia sus esperanzas, y que no podia menos de resentirse de él la naturaleza; pero que la fé y la Religion debian imponerle silencio y contenerla dentro de los límites de una sumision con respecto á Dios, de que no podian dispensarse sin hacerse criminales: y sobre todo que los hijos pertenecian mucho mas al Señor que á sus padres; que este era un depósito que habia confiado á su cuidado, y que podia volvérselo á pedir siempre que fuera de su agrado: que se debian tener por dichosos de poderle ofrecer semejante sacrificio, que era capaz de atraer sobre la casa muchos mas bienes, que los que hubieran podido proporcionarles todos los proyectos que habian hecho hasta entonces.

No respondiendole el Conde y la Condesa de Sales á aquel discurso, sino con sus lágrimas y suspiros, Luis de Sales que conocia la piedad sincera de que estaban animados, mudó de tono y les dijo con la mayor ente-



reza. ¿Y qué, quereis acaso disputar el hijo con Dios? ¿Tratais de arrebatárselo? ¿En dónde está la fé? ¿En dónde la Religion? ¿Qué se ha hecho aquella sumision sin limites que le debeis? ¿Qué hariais pues si os mandase como á Abraham iumolar este hijo con vuestras propias manos? ¿Qué, si como lo permitió con respecto á Job, os despojase la muerte de todos vuestros hijos en un solo dia? ¿De una familia tan numerosa como la que os ha concedido, no os pide mas que un solo hijo; y vosotros se lo negais despues que él ha entregado el suyo á la muerte por vuestra salvacion!

Tan penetrantes palabras, volvieron la voz al Conde de Sales. „Yo sé (respondió) que todo quanto tengo es mas de Dios que mio, el Señor es dueño absoluto de todo; ¿quién se atreveria á disputar con él? Pero aun quando mi hijo hiciese lo que yo deseo, dejaria por eso de pertenecer á Dios? Un sin número de suspiros no le permitió continuar. Habiéndose serenado luego, dijo con un aire mas tranquilo, que la Condesa y él necesitaban algunos dias para resolverse: que no se separase de su compañía, y que dentro de poco tiempo le volverian la respuesta. Luis de Sales le preguntó, si le parecia bien que el joven Conde le pidiese el permiso por sí mismo. „No: (le dijo) su vista me enterneceria; yo os avisaré cuando sea tiempo.

Pero si el Conde de Sales tenia una gran repugnancia en condescender con el deseo de su hijo, no la tenia menor la Condesa. Esta Señora se retiró á su gabinete llena de afliccion. En muchos dias no hizo mas que llorar. En fin la piedad venció á la naturaleza, y despues de haberse sometido á la voluntad de Dios, tuvo el valor suficiente para tratar de persuadir á su esposo.

Llegó por fin el venturoso dia en que debian dar su consentimiento. Luis de Sales acompañó al joven Conde á su presencia: La vista de un hijo tan querido renovó su dolor; las lágrimas y los suspiros volvieron á

empezar de nuevo; y el mismo Luis de Sales con toda su firmeza no pudo menos de enternecerse. El Conde y la Condesa apenas tuvieron valor para levantar á su hijo, que se habia postrado á sus pies, y que estaba empeñado en permanecer en aquella postura. En fin el Conde de Sales, que tenia naturalmente una alma grande, haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, le hizo presente que tuviese cuidado en no engañarse, y tratando de seguir la vocacion de Dios fuese contra su voluntad y contra el orden que habia establecido en el mundo: que los primogénitos eran llamados naturalmente á sostener y perpetuar las familias: que bajo este concepto le habia dado una educacion que no habian recibido sus demas hermanos, la cual iba á serle inútil en el estado que elegia: que su familia tenia tanta mas necesidad de un apoyo, quanto que era muy numerosa: que siempre habia contado con que él seria el báculo de su vejez, y que á costa de una gran pena iba á privarse del socorro que de él se habia prometido: que no entendia que fuese menos de Dios permaneciendo en una familia tan cristiana como la suya, en donde se tenia á mucha gloria el temer á Dios y el servirle; que sin embargo su madre y él habian determinado no oponerse á su vocacion; pero que examinase bien si Dios exijia realmente de él una cosa que le parecia tan contraria á las obligaciones de la naturaleza y de la humanidad.

El joven Conde le respondió con mucho respeto, que no trataba de que el estado que iba á abrazar le dispensase de ninguno de los deberes que la naturaleza exijia de él con respecto á su padre y al resto de su familia: que no queria ser en lo sucesivo ni menos sumiso ni menos dependiente de él: que siempre que lo juzgase conveniente estaria pronto á prestar sus servicios para el bien y adelantamiento de la familia: que sabia que no habia cosa alguna que pudiese romper los sagrados lazos que unen á los hijos con sus padres: que Dios era



testigo de que no podía tener mas amor ni reconocimiento que el que profesaba á aquellos de quienes Dios se habia servido para darle el ser; y que la buena educacion de que les era deudor no le seria tal vez tan inútil como se lo habian figurado.

Estas últimas palabras dieron margen al Conde de Sales para interrumpirle, y para instarle á que aceptase el cargo de Senador que le habia ofrecido el Duque de Saboya: y lo hizo con tanto mas ardor, quanto que no era incompatible con el estado que queria abrazar, y mas cuando recientemente acababa de darle el ejemplo su predecesor. Pero el joven Conde arrojándose á sus pies, le suplicó que le concediese la gracia por entero, y que consintiese en que no se ocupase en el resto de sus dias sino en las funciones del ministerio á que era llamado por Dios. Le añadió, que habia suplicado á su primo que le diese cuenta de su vocacion, y que no dudaba que lo habria hecho mejor que hubiera podido hacerlo él por si mismo, que estaba allí para pedirle su bendicion y la de su madre, y que no se separaria de ambos hasta haberla conseguido.

Sea cual fuere el disgusto que experimentase el Conde al verle rehusar un honor tan conforme á los proyectos que habia formado, no pudo su ternura resistir contra un hijo que le era tan querido: le dió su bendicion y lo mismo hizo la Condesa: le levantó y le abrazó tiernamente, diciéndole: Ruego á Dios, hijo mio, que sea vuestra recompensa en el cielo, asi como va á ser vuestra herencia sobre la tierra. El joven Conde le respondió, que á fin de que sus deseos obtuviesen mas infaliblemente el pronto efecto que apetecia, le suplicaba tuviese á bien permitir que renunciase su derecho de primogenitura en favor de su hermano Luis de Sales, á quien amaba tiernamente por su rara virtud. Pero el Conde y la Condesa se resistieron á consentir, y se obstinaron en querer que conservase todos sus derechos.

El joven Conde inundado de alegría, marchó al instante con Luis de Sales á tomar posesion de la Prebostia de Ginebra. Por el camino reparó este que su primo vertia algunas lágrimas, y le preguntó si se arrepentia de lo que iba á hacer. Francisco le respondió que estaba muy lejos de eso, y que jamas habia disfrutado de mayor alegría; pero que no podia pensar sin conmoverse en la estremada afliccion que causaba á un padre y á una madre que siempre le habian amado con tanta ternura, y que no creia que el sacrificio que iba á hacer á Dios fuese menos agradable á su divina Magestad por estar regado con las lágrimas que le obligaban á derramar unos sentimientos tan naturales: Luis de Sales en lugar de vituperarle, le confesó que él no habia podido menos de enternecerse á vista del dolor que su intento habia causado al Conde y á la Condesa de Sales, y que habia estado tentado mas de una vez á abandonar su partido, y unirse al de sus padres en contra suya, para obligarle á permanecer en el mundo; pero que la firmeza que habia observado en él, le habia retraido de hacerlo.

Habiendo llegado á Annecy, Luis de Sales hizo reunir el Cabildo en la catedral. Presentó las bulas (espedidas por Clemente VIII que á la sazón gobernaba la Iglesia de J. C.), las pruebas de nobleza, las certificaciones de estudios del agraciado y las de su capacidad. El Cabildo las examinó, y le admiró al instante con tanto mas honor, quanto que la reputacion de su virtud y de su ciencia le habian grangeado la mayor estimacion. El Cabildo en cuerpo le dió la posesion, y él pronunció un discurso lleno de dulzura y de piedad, que acabó de ganarle los corazones de todos. Habiéndose extendido la noticia de este suceso por la ciudad en donde la casa de Sales gozaba de mucha consideracion, todo el mundo dió muestras de la mayor alegría, por la particularidad con que apreciaban á Francisco de Sales. Pero



ninguno tomó en ella mas parte que el santo Obispo de Ginebra. Le recibió cuando le vió venir, como un hombre que Dios le habia dado á entender que seria su sucesor, y que edificaria á toda la Iglesia con la fama de su santidad. Le confirió poco despues los cuatro menores y el subdiaconado, y en las tómporas siguientes le ordenó de evangelio. El humilde Francisco queria observar los intersticios mandados por la Iglesia; pero el santo Obispo que conocia la pureza de su corazon y su eminente piedad y sabiduría, y que tenia á mas unos vivos deseos de oírle predicar, quiso absolutamente dispensárselos. El respeto que tenia á su Prelado no le permitió entrar en contestaciones con él. Predicó no siendo mas que diácono, y con tan buen éxito, que desde entonces se conoció que Dios le habia elegido para convencer y convertir á los hereges de que estaba llena toda la Diócesis de Ginebra. Tres caballeros calvinistas de un distinguido nacimiento, y de una ciencia no menos distinguida, que eran el señor de Awlly, el de Bursin y otro á quien no nombra la historia, que asistieron á este primer sermón, confesaron que se habian conmovido al oírle, y que habian formado mejor concepto de la fé católica que el que de ella habian tenido hasta entonces. En efecto: se observó que se abstuvieron en adelante de las chanzas que acostumbraban gastar sobre este objeto. En el discurso de esta historia se verán los frutos que produjo á su tiempo aquella primera simiente, y la bendición que Dios echó sobre ella.

Siguieron á aquel sermón algunos otros que le adquirieron una reputacion extraordinaria. Poseia á la verdad grandes prendas naturales, y adquiridas para este santo ministerio: tenia el aire grave y modesto, la voz fuerte y agradable, la accion viva y animada, y sin fausto ni afectacion. No se descuidaba de la elocuencia especialmente en los exordios, y acostumbraba decir, que si se hacia uso de ella para introducir el error, debia con

mucha mas razon emplearse en hacer triunfar la verdad, y en quebrantar la dureza de los corazones.

Estas cualidades exteriores que no son de despreciar, estaban sostenidas por una uncion, en que se descubria claramente que comunicaba á los demas de la plenitud y abundancia que tenia en su corazon, y que se habia hecho discipulo de Jesucristo para llegar á ser maestro de los hombres. Antes de predicar tenia cuidado siempre de purificarse en la presencia de Dios con secretos gemidos y con fervorosas oraciones. Tenia continuamente presentes las palabras que el Salvador habia dicho de su precursor: *era una lámpara que ardia y alumbraba*; y ellas le habian enseñado que para poder lucir con utilidad y alumbrar á los demas con la palabra de la verdad, era necesario estar abrasado de amor de Dios, y de celo por la salvacion de las almas. Estudiaba á los pies del crucifijo tanto ó mas que en los libros, y estaba persuadido de que un predicador no podia sacar fruto sino se dedicaba á la oracion, y sino practicaba por sí mismo el primero lo que enseñaba á los otros.

Pero por santas que fuesen sus ocupaciones y estudios, desde que vió que se acercaba el tiempo en que debia ordenarse de sacerdote, las abandonó enteramente para no ocuparse de otra cosa que de solo Dios. Destinaba antes de esta época muchas horas del dia al estudio de la teología escolástica y de la controversia. Cambió de método, y no se dedicaba mas que al estudio de aquella teología divina que se aprende por medio de la oracion y de la meditacion de la Escritura, en la que el único maestro es el Espiritu Santo. Habia aprendido por esperiencia que cuanto mas trata el entendimiento de conocer la grandeza de Dios por las sutilezas de las escuelas, tanto mas se aleja de su amor la voluntad: que la verdadera sabiduría se adquiere por el temor de Dios, por la vida arreglada, por la práctica de las virtudes



cristianas, y por la continua meditacion de la ley de Dios: que muchos desean poseer un espíritu ilustrado, siendo así que desprecian la virtud y la justicia. Y como deseaba con mas ardor ser santo que sabio, seguia sobre este particular aquella máxima de San Agustin, que dice, que los que han aprendido de Jesucristo á ser dulces y humildes de corazón, adelantan mucho mas en el conocimiento de Dios con la oracion y meditacion, que con el estudio y la lectura.

En este concepto trabajaba en hacerse sabio por el mismo camino por donde llegaron á serlo los santos Padres; y sabiendo que Dios es la misma pureza, y que no puede ser mirado sino por ojos que sean puros, se dedicaba incesantemente á purificar su alma con el ejercicio de todas las virtudes, á fin de que se hiciese susceptible de las luces de Dios y de aquella uncion interior que enseña todas las cosas.

No es pues de admirar que habiendo entrado en el sacerdocio con tan santas disposiciones, recibiese con abundancia despues de su ordenacion la plenitud de aquel espíritu principal que hace el verdadero caracter de los sacerdotes y toda la fuerza de los Pastores, ni tampoco que cuantas veces celebrase el augusto sacrificio, notase en sus ojos y en su semblante un fuego que manifestaba exteriormente aquel, en que en lo interior se abrasaba su corazón.

Desde entonces se le vió huir con mucho cuidado de todo aquello que podia atraerle el aplauso de los hombres: contento con agradar á Dios, y atento únicamente á procurar su gloria, predicaba muy raras veces en las ciudades; pero se le veia recorrer las aldeas y las chozas para instruir á una infinidad de gentes pobres que vivian en el cristianismo casi sin conocerle. Se complacia á imitacion de Jesucristo en hablar con aquellas almas sencillas, y á las que encontraba tanto mejor dispuestas á recibir las luces del Evangelio, cuanto que su cora-

zón no estaba corrompido ni por la ambicion, ni por las riquezas, ni por las demas pasiones que son las fuentes corrompidas de la ceguedad y de la corrupcion del corazón.

Podia muy bien, como dice San Pablo, recibir á lo menos lo necesario de aquellas gentes á quienes repartia tan abundantemente las riquezas espirituales; pero preferia seguir el ejemplo del santo á usar del permiso que habia dado. Lejos de ser gravoso á aquellos pueblos les daba con liberalidad cuantiosas limosnas ó bien de su bolsillo, ó bien de las personas caritativas que se lo habian encargado. El desinterés es una de las cosas que mas pueden contribuir á autorizar el ministerio de los Prelados; por el contrario la avaricia y el interés, no dejan jamas de envilecerlos en el concepto de los pueblos, si estos conocen que tratan de enriquecerse á su costa, ó si aun lo mismo que deben de justicia se les exige con mucha dureza: y si se afecta sobre ellos un odioso dominio tan prohibido por la sagrada Escritura, no es posible que dejen de perder aquella estimacion y confianza tan necesarias para ganar los corazones, y para encaminarlos á pesar de la repugnancia de la naturaleza á la práctica de las virtudes cristianas. El desprecio sobreviene infaliblemente á la pérdida de la estimacion; el odio sigue al desprecio, y casi es imposible que dejen de arreglarse mas á los ejemplos que á los discursos de un Pastor, que obrase de un modo tan ageno de su ministerio.

No era el desinterés la única prenda que adquirió á Francisco la estimacion y la confianza de los pueblos: tenia una dulzura sin límites que nada era capaz de apurar: los miraba como á sus hijos, y vivia en medio de ellos como un padre: sensible á todas sus necesidades, lleno de compasion hácia los miserables, se hacia todo para todos para ganarlos á todos para Jesucristo. Así fué como en poco tiempo los alrededores de Anney



cambiaron de aspecto, y se vió reflorar la piedad en los mismos sitios en que la mezcla de los hereges habia casi introducido la irreligion.

Pero Francisco de Sales no dispensaba sus cuidados tan exclusivamente á los pueblos de la comarca que abandonase la ciudad de Annecy: visitaba en ella á los enfermos y á los presos: cortaba los pleitos, para lo que le sirvió mucho el conocimiento que tenia del derecho civil y canónico; y no omitia cosa alguna para extinguir las enemistades, y para reconciliar á los mas irreconciliables enemigos. Dios bendijo con particularidad los trabajos que emprendió con este objeto, y hubo pocos corazones que fuesen bastante duros para resistir á su dulzura y á sus modos caritativos é insinuantes.

Estableció aquel mismo año en Annecy una cofradía utilísima bajo el título de la cruz. Las obligaciones de los cofrades eran, instruir á los ignorantes, visitar y consolar á los enfermos, enseñarles el buen uso que podian hacer de sus enfermedades, y darles los medios de soportarlas cristianamente, amortajarlos y enterrarlos despues de su muerte; visitar, consolar y asistir á los encarcelados. Estaban obligados á mas á salir al campo á instruir y consolar á los pobres: debian sobre todo evitar los pleitos como otros tantos escollos en donde naufraga casi siempre la caridad cristiana: si se movian algunos á su pesar, tenian obligacion de cortarlos en cuanto estuviese á su alcance por mediacion de los mismos cofrades que debian emplear para el efecto todos sus esfuerzos; y se les recomendaba muy particularmente dar buen ejemplo, asistiendo á los divinos oficios y á las pláticas que se hacian en sus parroquias, porque Francisco de Sales jamas habia creído que las devociones particulares debiesen apartar á los fieles de las Iglesias, en donde habian recibido por el bautismo un nuevo nacimiento en Jesucristo, ni tampoco substraerlos á las instrucciones de sus legítimos Pastores.

Les compuso reglas é instrucciones llenas de prudencia y de piedad, pero compatibles con el estado laical que era el de la mayor parte de los cofrades. El fué el primer prior de la cofradía, pero lo era mucho mas por el ejemplo que les daba, que por el rango que ocupaba entre ellos; sin que haya habido jamas persona que menos haya afectado la superioridad que él, y que haya puesto mas cuidado en apartarse de todo aquello que puede lisonjear la propension natural, que tienen todos los hombres á elevarse sobre los demas. En fin las buenas obras de estos nuevos cofrades se divulgaron bien pronto por todas las provincias vecinas con tanta reputacion, que los pueblos de Aix y de Chambery establecieron cofradías en sus respectivas ciudades sobre el modelo de la de Annecy, y le pidieron las instrucciones y reglas que habia compuesto para el gobierno de sus cofrades.

La ereccion de la cofradía de la Cruz, dió margen á un ministro de las cercanías á escribir contra la veneracion que acostumbran tributar los católicos á aquella señal de nuestra redencion, cuya vista es tan á propósito para escitar en nuestros espíritus la memoria de la caridad infinita que pudo conducir á un Dios á derramar su sangre por los hombres.

Este escrito fué causa de que Francisco volviese á emprender de nuevo el estudio de la controversia que habia suspendido. Contestó al instante al ministro con una obra que poseemos entre las suyas, dividida en cuatro libros, y que tiene por título: el estandarte de la Cruz. Hace ver en ella que no es nuevo el honor que prestan los católicos á la Cruz: que los cristianos de los primeros siglos ya hicieron lo mismo, y da las pruebas de ello: que la adoracion en un cierto sentido, segun la misma Escritura sagrada, puede tributarse á las criaturas, pero que hay tambien uno por el cual solo á Dios es debida; este es el que está señalado en el decálogo: que los católicos no usan de la adoracion toma-



da en este sentido sino con respecto á Dios y que por esto no pueden ser idolatras, como les echan en cara los calvinistas; que en fin todo el culto que los católicos dan á la Cruz y á las cosas santas, no es sino relativo, y se refiere enteramente á Dios. No respondieron á este escrito, y los católicos miraron aquel silencio como una prueba de la escelencia de la obra de Francisco.

No teniendo mas enemigos que combatir, volvió á continuar sus primeros ejercicios. Nada habia mas arreglado, mas sencillo y mas uniforme que su método de vida. Evitaba cuidadosamente aquellas singularidades afectadas, que no tienden las mas veces sino á engrangearse el aprecio de los hombres, aquellas puras esterioridades que en arreglando lo exterior no tocan al corazon, y no sirven sino de alucinar con una falsa apariencia de santidad. Era limpio, pero modesto en sus muebles, en su casa y en sus vestidos: tenia una conversacion dulce, agradable y divertida, sin afectacion ni fastidio, era bueno, y aun grande amigo, franco y sin artificio, pero no obstante prudente y reservado: se notaba en su casa y en sus ojos un aire tranquilo y sereno, verdaderas señales de la pureza y de la paz de su corazon. Era cortes y aun naturalmente culto, sabiendo manejarse muy bien en la sociedad, sin dispensarse jamas de los cumplidos regulares, pero sin llevarlos tampoco hasta la afectacion.

Acostumbraba decir que la verdadera piedad no incluye las virtudes civiles y morales, ni todas aquellas que generalmente pueden contribuir á hacer la sociedad dulce y agradable: que para ser devoto no es necesario ser sucio, desaseado, brusco, mal criado ni bárbaro, sin humanidad ni dulzura; que al contrario era menester ganar á los hombres con modales que les biciesen amar la virtud: que una tristeza sombría y estremada no era el caracter de la verdadera virtud: que era preciso servir á Dios con alegría y con una santa libertad, y

que nada era más opuesto al verdadero cristianismo, que la opresion, y la violencia del espíritu: que este era el motivo porque Dios nos habia obligado á llamarle padre: que era necesario tener en él una tierna y filial confianza; y que podriamos confiar mucho en su bondad, siempre que no le dieseamos ocasion con nuestros pecados para usar de su justicia; que asimismo se debia creer que cuando se ve obligado á castigarnos lo hace á su pesar, siendo por naturaleza la bondad, y no siendo severo sino por los motivos que le damos nosotros mismos de ejercer su severidad.

Pero este exterior de Francisco en que no se notaba cosa alguna que no fuese muy comun, estaba sostenido interiormente por una inocencia de costumbres, que no habia manchado jamas, por un corazon puro, desinteresado, sumiso á las órdenes de Dios, ocupado siempre de su presencia, lleno de ardor y de celo por su gloria, y únicamente penetrado del cuidado de complacerle y del deseo de poseerle.

Los que conocen el verdadero caracter de San Francisco de Sales, no hallarán que oponer á esta pintura que de él se acaba de hacer; su vida no es sino una prueba continuada de lo que acabamos de asegurar.

Entretanto la reputacion de Francisco se estendia por todas partes, y aunque él no apreciase el concepto del público sino con el fin de adquirir mayor confianza, y tener mas autoridad para aumentar la gloria de Dios, sin embargo aquella estimacion recaia á pesar suyo sobre su persona. Esto le atrajo de su Soberano una nueva señal de estimacion; volvió este á instarle nuevamente para que admitiese el cargo de Senador que en él habia provisto.

Se le hizo presente que en el desempeño de él hallaria medios de servir á Dios con mas utilidad que en la vida privada: se le dieron á entender las injusticias que podia evitar, teniendo como tenia un talento despejado



y un corazón recto é incorruptible: se le habló de los pobres, que se sabia que despues de Dios era el mas caro objeto de su ternura; y se le dijo que así se hallaria en mejor disposicion para sostener sus derechos: se añadió á esto que aquel empleo no interrumpia en nada sus ejercicios de piedad; que antes por el contrario, su nacimiento, su virtud y su ciencia no podrian menos de darle mucha autoridad en el Senado, con lo que se hallaria en estado de proteger la inocencia y reprimir el vicio: finalmente se le presentó dicho empleo bajo los aspectos mas favorables que podia tener.

Pero el humilde Francisco persistió en su repulsa. Dió las gracias á su Soberano de un modo que aumentó la estimacion que tenia hácia él; y respondió á los que le habian hablado de su parte, que supuesto que Dios le habia llamado á servir en su Iglesia no debia en manera alguna contraer empeños que pudiesen distraerle de este deber: que el que no creyese que el ministerio eclesiástico puede ocupar totalmente á un hombre, no conocia la estension que es capaz de darle la caridad: que á la verdad estaba obligado á reconocer que Dios le habia dado bastante integridad y firmeza para no dejarse arrastrar á la injusticia; pero que ¿quién le respondia de que pudiese librarse siempre de las sorpresas á que se está tan continuamente espuesto en esta especie de empleos? que el tener que decidir sin apelacion de los bienes y del honor de los hombres era una cosa muy espuesta: que el mismo Jesucristo no habia querido juzgar la diferencia que habia entre dos hermanos por la sucesion de su padre: que estaba resuelto á seguir su ejemplo: que sobre todo, esto era lo mas seguro y conforme á la vida pacífica y apartada del ruido y del tumulto que habia abrazado, y en la que esperaba que Dios le haria la gracia de dejarle perseverar hasta la muerte.

El Conde y la Condesa de Sales se habian lisongeados de que no resistiria á aquella segunda tentativa; y como

no tenian las miras tan puras como su hijo, habian creido que despues que hubiese pasado el primer fuego de su devocion, seria mas tratable, y que no tendria ya tanta repugnancia en reunir dos cosas que de ninguna manera les parecia que fuesen incompatibles. La costumbre de casi todos los Reinos de la cristiandad en donde los eclesiásticos no tienen inconveniente en poseer las magistraturas, los ejemplos de tantos hombres célebres que las han desempeñado con la mayor integridad, y sin ningun perjuicio de su salvacion, y lo muy condescendiente que era Francisco con sus deseos, les habian persuadido que cederia á unas instancias apoyadas por las súplicas y por la autoridad del Soberano. Pero los caminos por donde lleva Dios á sus elegidos no son siempre los mismos; y si llama á algunos á los cargos públicos, inspira á la mayor parte una santa aversion hácia aquellos empleos ruidosos tan opuestos por sí mismos á la paz del alma, y á la soledad de corazón, de que los mayores santos han hecho siempre sus mas caras delicias.

Dios tambien tenia miras particulares sobre San Francisco de Sales que no se acomodaban con el empleo que se le ofrecia. Estas exijian un hombre enteramente entregado á su servicio, y que no tuviese otro empeño que el de procurar su gloria y la salvacion de las almas. Esto es lo que se verá comprobado en el discurso de esta historia.